

HISTORIA DE AMERICA

Alfonso Borregán, Soldado y Cronista

SERGIO VILLALOBOS R.

De la multitud de soldados sin relieve que formaron las huestes conquistadoras del Perú, ha aparecido recientemente uno que, a pesar de su insignificancia, tuvo la audacia de tomar la pluma para narrar parte de la conquista y de las guerras civiles inmediatas con el fin de señalar, por aquí y por allá, sus modestos servicios, despreciados por los funcionarios reales, y con la ilusión de que el rey lo autorizase para entregar a las prensas su relación.

Singular figura ésta de Borregán, que encontrándose en la última fila del elemento conquistador, desenvolviéndose en un ambiente bélico, de brutalidad, de vicios, de vida sensual, alimenta deseos de superación en otros campos. Quiere ver entre sus manos las hojas impresas de aquella su obra, motivo de quizás cuantos desvelos: "esta gloria suplico a vuestra magestad humildemente y como humilde sudito sea yo favorecido y amparado con justicia y esta crónica se mande a empremir y se me de esta gloria de coronista principalmente" (1).

Llegado a América entre 1525 y 1530 (2), participó probablemente en la colonización de Panamá o alguna región vecina, ya que él mismo nos dice que fué "descubridor y conquistador de las partes de las Indias y del Piru", y por otro lado sabemos que llegó a este último cuando recién había sido repartido el tesoro de Atahualpa, 1533, lo que además hace suponer que llegó con Almagro.

No debieron ser muy brillantes ni heroicos sus servicios en "las partes de las Indias" antes de pasar al Perú, pues nada nos dice en su crónica al respecto, y sabemos que era hombre muy prudente en arriesgar el pellejo. Sería un tranquilo vecino en espera de lucro con poco riesgo.

Cuando ya se encontró en el Imperio de los

Incas, Borregán no se entusiasmó por participar en las promisorias a la vez que arriesgadas empresas que emprendían varios capitanes. Benalcázar iniciaba su expedición a Quito y Almagro la tan ansiada de Chile; pero él prefiere quedarse como vecino en Trujillo en posesión de los "pocos indios lejos del pueblo" que le había otorgado Pizarro.

Dedicióse don Alonso a la vida campesina. Compró algunos ganados, plantó una huerta con "todo genero de arboles de España", construyó su casa o rancho y contrajo matrimonio con una hija de Juan de Osorno, encomendero trujillano; pero los vaivenes de las guerras civiles no lo dejaron tranquilo. Continuamente había de salir en distintas direcciones siguiendo los estandartes reales, no siempre seguro de que aquellos fueran verdaderamente los de la causa del rey. Así sucedió que cuando el triunfo de Vaca de Castro, andaba en las filas de Almagro el mozo, razón suficiente para que le fuesen quitados inmediatamente sus pocos indios.

Este fué el comienzo de innumerables desgracias e injusticias que agobiaron el ánimo de Borregán. Dejaremos que él mismo nos narre algunas de ellas copiando un párrafo de una petición: "suplico a vuestra real alteza me haga merced de las tierras y asiento de Yupiay a do yo Alonso Borregan tuve mi casa y ganados y granxerías y edeficada una huerta de todo genero de arboles de España y la poseí por espacio de cuatro años sin contradicción alguna de donde me echaron los negros fuxetibos con Martin su capitan salteadores y me robaron muchas veces mis ganados y una noche dieron sobre mi casa y me mancaron del dedo grande de la mano derecha andando peleando con ellos por espacio de seis horas y no me pudiendo valer desanparé la casa y me robaron todo quanto en ella había mio y de mis indios de servicio y otro dia fui a la zibdad a me quexar a la justicia y alcalde de Hermandad y no pude alcanzar justiza para prender aquellos

(1) Hoja 51. En todas las citas, hemos arreglado la ortografía en sus partes más caprichosas.

(2) En 1565, declaró "antigüedad y servicios de cuarenta y tantos años".

negros" (3). Para mayor de males los vecinos, aprovechándose de la situación, permitieron que sus ganados entrasen a las tierras de Borregán y destruyesen los cultivos y la huerta.

Todos aquellos desmanes representaban más de dos mil castellanos de pérdida.

Muchos otros sinsabores se siguieron: tuvo una enfermedad a la cabeza de resultas de la cual "se me cegó este ojo con esta nube"; le robaron tres yeguas y un caballo que había encargado a Nicaragua; le hurtaron dinero, otra vez sin poder alcanzar justicia; no le dejaron gozar de unos pocos indios que nuevamente le habían sido encomendados, etc.

Hacia 1562, Borregán se encontraba en la mayor pobreza, a pesar de tener cuatro solares en Lima, que le había otorgado el marqués de Cañete, don Andrés Hurtado de Mendoza, en los cuales tenía su casa. Allí vivía compartiendo su miserable pan con sus hijos, Alonso Pérez y Pedro Borregán, una de los cuales, no sabemos si el primero o el segundo, estaba casado y con hijos.

En un nuevo esfuerzo, se empeñó Borregán para alcanzar fortuna y mejorar su situación y la de sus descendientes. Solicitó y obtuvo del conde de Nieva, don Diego López de Zúñiga, autorización para que le fuesen proporcionados algunos indios "que él [Borregán] estaba presto de les pagar sus jornales", para hacer excavaciones cerca de Chíncha con el fin de sacar ciertos entierros y adoratorios que le producirían pingües beneficios en oro y plata.

Vanas fueron nuevamente las ilusiones. Algunos funcionarios y el mismo conde de Nieva estorbaron sus planes y concluyeron por quitarle el entierro.

Despechada el alma de Borregán, sediento su espíritu de justicia, lleno de odio contra los representantes reales que parecían ensañarse en él, ansioso de dar a conocer al monarca y al mundo entero aquella carrera sangrienta, cruel e inhumana de los caudillos y tiranos que habían perturbado la tranquilidad de la colonia y que lo habían arrojado a la miseria, se abalanzó sobre la pluma para garabatear en el papel sus mal disimuladas pasiones. "Son ya tantas -escribió en una parte- las persecuciones e injusticias y agravios que se me han hecho que no hay juicio humano que lo pueda sufrir ni comportar".

Ya había enviado antes una información al monarca mediante el virrey Hurtado de Mendoza; pero los funcionarios parece que la ha-

bían desviado convenientemente "por dorar y encubrir sus maldades".

Mientras esperaba un barco que lo llevara rumbo a España, para presentar personalmente sus quejas, comenzó Borregán a redactar su crónica en Lima (4). Por el papel comenzaron a desfilar innumerables personajes, a cual más despreciable: "un Salazar corcobado el mayor tirano alborotador", Gonzalo Pizarro que "repartía los indios entre los tiranos secuaces de sus soldados", "un bellaco de un Guerra", el tirano Pedro de Puelles que "mató una mujer por contentar a otra su manceba", Bachicao "muy gran bellaco", Verdugo que "fuese a Nicaragua sin hacer cosa ninguna buena", Pero Martín que "mató a otro a palos", el conde de Nieva, muerto sin confesión "por sus ladronicios y bellaquerías y ofensas contra Dios y vuestra magestad"; a la primera autoridad eclesiástica, la llamó sin ambages "este mal fraile de obispo", etc. etc.

Algunos de los aludidos en la crónica, especialmente los oidores, pretendieron acallar la voz de Borregán y cuando solicitó unos cuatro mil pesos para hacer su viaje a España, "no me quisieron dar cosa alguna sino hacerme mil agravios y sin justicias", según su expresión.

Entre 1563 y 1564, luchando contra toda dificultad, llegó Borregán a España, donde concluyó su escrito y le adicionó una serie de peticiones reclamando diversas mercedes a que se creía con derecho. Una de ellas, la más urgente y que basta para conocer el estado de nuestro cronista, decía: "a su magestad suplico por amor de Dios traigo necesidad se me de socorro para mis gastos y de comer hasta que acabe de dar información a vuestra magestad".

Comenzaría entonces para Alonso Borregán el vía crucis de las horas de antesala y los trámites en oficinas.

• ¿Cuánto tiempo estuvo en España? ¿Regresó al Perú? ¿Obtuvo alguna merced? Nada sabemos.

(4) Por lo menos hasta la hoja 19, la crónica fué escrita en Lima, pues aun habla de "esta cibdad de los reyes". En la hoja 26, se encuentra el primer indicio de estar escribiendo en España o por lo menos fuera del Perú, al que se refiere como "aquel Reyno".

Durante la relación de los hechos, Borregán se traslada imaginariamente a los lugares en que aquellos suceden, lo que se presta a equivocaciones en cuanto a la ubicación de su persona. Así, por ejemplo, al narrar la llegada de La Gasca al Perú, dice: "Salido el Presidente de Tumbes se vino hacia San Miguel y de allí se vino a los términos de Trujillo -y agrega luego- e yo como venia mal dispuesto le pedi licencia para venirme a la cibdad de los Reyes". Todo esto lo escribe cuando ya está en España, de tal modo que tenemos que estar de acuerdo en que emplea el verbo "venir" por "ir", a riesgo de tener que otorgarle el don de la ubicuidad.

Sucedíesele lo que le sucediese, cierto es que no tuvo el gusto de ver impresa su crónica, y vió llegar el fin de su existencia, tan desdichada e injusta, sin aquella "gloria de cronista", quimera que alimentó su fe en el vivir.

La crónica de Alonso Borregán, oculta durante muchos años a la vista de los historiadores, fué utilizada por el padre Ricardo Cappa en sus "Estudios Críticos Acerca de la Dominación Española en América", y redescubierta en 1927 por el investigador y político peruano don Rafael Loredo que la encontró en el Archivo de Indias bajo el siguiente título: "Relación original de Alonso Borregon [sic] en la que trata muy por menor los acontecimientos funestos que hubo con los alborotos y disturbios entre Pizarro y Almagro. Describe muy por menor toda la historia del Perú y muerte que se dió a dicho Almagro. Es papel muy curioso" (5).

Una parte de la crónica, la correspondiente a la sublevación de Gonzalo Pizarro, fué publicada en el Perú en el "Cuaderno de Estudios Nº 2". Integra, incluyendo las peticiones de Borregán, vió la luz en Sevilla en 1948, prologada por el señor Loredo y editada bajo los auspicios de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos con el título de "Crónica de la Conquista del Perú".

La obra consta de dos partes diferentes. La primera, hasta la hoja quince, está constituida por las "escrituras" o peticiones que el autor hace al rey, en total seis documentos, incluyendo una carta del virrey conde de Nieva.

En dichas peticiones, Borregán no se limita a pedir mercedes, sino que también da al monarca diversas opiniones o consejos prácticos para la prosperidad de la colonia. Algunos de ellos son muy curiosos, como aquel que dice: "mire lo que hace a quien encarga y da sus cargos de justicia y envíe a aquellos reinos que no sean extremeños ni andaluces sino castellanos y buenos cristianos temerosos de Dios". Refiriéndose a nuestro país, opina con certera simpleza: "para Chile provea vuestra magestad un gobernador que pueble y conquiste toda la tierra y descubra adelante y de de comer a los que llevaré y [no] haya alla reyno [sic] audiencia real que se destruirá la tierra hasta que

se pueble toda porque los oidores no han de ir a conquistar ni descubrir" (6).

Mucho debieron hacer sufrir a Borregán los oidores para escribir tales palabras. El mismo nos dice que los doctores Saravia y Cuenca ordenaron en contra suya "una de las mayores bellaquerías que desde que el mundo es mundo se han usado contra hombre".

Tan insignificantes parecieron las opiniones del cronista a los consejeros del rey, que el mismo año de 1565 se ordenó establecer en Chile una Real Audiencia y se nombró su presidente, y gobernador del reyno, a don Melchor Bravo de Saravia, para quien nuestro hombre había pedido residencia inmediata.

La segunda parte de la obra es propiamente la crónica que alcanza un total de treintaiséis hojas. Escrita, como ya dijimos, parte en el Perú y parte en España, narra desde la repartición del tesoro de Atahualpa, 1533, hasta la derrota de Gonzalo Pizarro en Jaquijahuana, 1548, agregando algunas noticias sobre los indios antes de la llegada de los blancos.

La factura de la obra es reflejo exacto de la absoluta ausencia de disciplina mental en el autor; la carencia de un plan bien equilibrado y la presentación de la materia son muestra clara de ello.

Desde un comienzo hasta el fin, el escrito no es más que un conjunto de episodios y pormenores más o menos interesantes, encadenados cronológicamente. Los hechos más insignificantes y los más importantes, se suceden en un mismo relieve, de modo que los asuntos más interesantes se nos presentan de improviso sin que medie una gestación clara de ellos, porque han sido enredados con noticias superfluas. Un mismo afán hay en narrar cualquier injusticia intrascendente -debilidad del cronista- que el desenlace de una campaña militar que afectará a todo el Perú.

Las frases, enredadas de por sí, llegan a hacerse incoherentes por la deficiencia de la puntuación. No recordamos haber visto más de una coma y una docena de puntos, sin contar los finales que generalmente separan párrafos larguísimos. La extraordinaria curiosidad de la ortografía entorpece aun más la lectura.

En favor del autor, hay que dejar constancia que jamás se entretiene en relatar milagros ni intervenciones divinas a que tan aficionados fueron otros cronistas; pero, no pudiendo escapar a las creencias de la época, extrae de la

(5) Seguramente don José Toribio Medina conoció la obra de Borregán, pues en el volumen 267 de los manuscritos que se conservan en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional, hemos encontrado copia de la primera petición que figura en la crónica.

¿Estimó Medina que la crónica no tenía la importancia necesaria para ser publicada?

(6) Hoja 5 v.

historia sagrada la explicación de la procedencia de los habitantes del Nuevo Mundo.

Ninguna intención literaria guió a la pluma del cronista en su relación escueta y precipitada de los hechos, relación monótona, sombría y de lectura trabajosa. Sólo de vez en cuando surgen notas pintorescas que dan cierto resplandor amable; tal, por ejemplo, aquel detalle curioso acerca del caballo de Almagro, "que se llamaba Motilla que andaba treinta leguas en un día"; o aquel otro, semitrágico, de los españoles que huyendo "fueron a dar a la isla de la Puna y allí los mataron los indios y los comieron con ají".

El valor histórico de la "Crónica de la Conquista del Perú" es el que corresponde a una fuente de primera mano.

La parte más interesante para la historia de Chile es la del descubrimiento, que, si bien no aporta informaciones nuevas de valor, confirma muchas de las que ya teníamos a través de otras fuentes.

Borregán no participó en la expedición de Almagro; pero indudablemente tuvo trato con "los de Chile" y obtuvo de ellos noticias valiosas que dan a su obra gran veracidad. Positivamente sabemos que en sus tierras cerca de Trujillo, Perú, era vecino de Vasco de Guevara, uno de los más activos capitanes que participaron en la expedición a Chile, que debió comunicarle muchos episodios de esta empresa.

Resulta de mayor valor histórico la "Crónica de la Conquista del Perú" al comprobarse que no hay copia de ninguna de las crónicas manuscritas que corrían entonces, ni de las que ya habían visto la luz hacia esa misma época, 1565, año en que parece que Borregán dió por concluido su trabajo y lo entregó a las autoridades reales.

Tampoco las crónicas aparecidas más tarde se aprovecharon de ella: Fernández de Oviedo había, muerto ocho años antes que fuese escrita y Antonio de Herrera en su "Historia General de los Hechos de los Castellanos", siguiendo a Cristóbal de Molina, se aparta mucho en los detalles para creer que pudo consultarla (7). De modo que resulta una crónica

(7) En la hoja 42, Borregán afirma que un caballero "me hurtó a mi historia y se la intituyó a él". No sabemos si sea verdad ni de quien pueda tratarse.

Da a entender Borregán que aquel "caballero" no conocía las Indias porque daba informes errados sobre la navegación "y por lo tanto esa escriptura no les va verdad ni autoridad aunque aprueba con Aristotiles y con otros historiadores evidentes por que aquellos historiaron destas partes de España ya sabidas y no de otras regiones de Indias no vistas por tanto es justo se repruebe aquella escriptura y se me de a mi como primero y principal de

totalmente independiente de las demás, escrita según lo que el autor vió y oyó decir a los soldados que se habían movido por el escenario de la conquista.

En uno de los episodios del descubrimiento de Chile en que la crónica de Borregán nos trae novedades, es en el de la partida de Almagro del Cuzco, que ha sido narrado generalmente con reservas debido a la escasa documentación.

Es sabido que antes de partir, Almagro solicitó al Inca Manco que designase a algún alto señor del Imperio para que fuese adelante reuniendo recursos y preparando el ánimo de los indios por donde pasaría la expedición. El Inca accedió gustosamente designando al más alto jefe religioso, el Villac-Umu, y a su propio hermano, Pablo Inga; pero el Inca no se detuvo aquí, sino que rogó a Almagro que lo llevase a él también, pues lo consideraba su protector y sólo a su lado se sentía seguro.

Hasta aquí lo que sabíamos. Ahora Borregán nos narra todo lo que se siguió a los ruegos del monarca peruano. Según anota, el Inca para convencer a Almagro desplegó ante su ambición la promesa de "mas cantidad de oro que lo que Atahualpa había dado en Cajamarca y todo en tejuelos de oro". Don Diego, considerando la enorme ascendencia moral que ante los indios tendría una expedición integrada por el Inca y la posibilidad de aquellos "tejuelos de oro", que ya debían brillar en su imaginación, aceptó de inmediato y ordenó que quedaran en el Cuzco dos soldados con caballos para que acompañasen al monarca peruano que luego habría de seguirle.

De acuerdo con este plan, llegado el día conveniente, el Inca Manco salió con los dos soldados para alcanzar las tropas expedicionarias; pero en la Angostura de Moína fué detenido por Juan Pizarro que sabedor de su fuga había salido con diez jinetes a darle alcance. Indignado Almagro con aquel ultraje, instó al corregidor del Cuzco, su viejo amigo Hernando de Soto, para que valiéndose de su cargo hiciese un requerimiento a Juan Pizarro con el objeto de que dejara al Inca ir al campamento de Moína, donde a la sazón le aguardaba.

Desgraciadamente, en esos días Hernando de Soto se disponía a hacer dejación de la vara

las cosas del reyno del Perú y como mas cierto historiador dellas y que mas verdad haya tratado y dicho".

Es todo un ataque al principio del "magister dixit" y una defensa de la observación directa.

de corregidor y a abandonar el Perú. Aprovechándose Juan Pizarro de esta coyuntura para barajar la maniobra de Almagro, envió un mensaje urgente a su hermano el gobernador, pidiendo para sí el puesto que dejaba Soto. Con la presteza que el caso requería, el marqués Pizarro despachó a un tal Verdugo, vecino de Trujillo, con el nombramiento para su hermano.

Los vertiginosos arreglos de los Pizarros dejaron burlado al adelantado Almagro, que hubo de resignarse a perder la valiosa compañía del Inca.

Antes de alejarse de Moína rumbo al Sur, Almagro envió con dos amigos, un comendador de la Orden de San Juan y otro llamado Santiago (8), una carta a Verdugo en la que después de amenazarlo con una moledura a palos, que sería suministrada por los gentiles portadores de la misiva, le enrostraba su ingratitud al ayudar a Pizarro, cuando había sido él quien le "había dado de comer" y no el gobernador.

"Y así se fue Almagro a Chile".

Sobre la expedición conquistadora de Val-

divia, la crónica guarda casi total silencio. Se limita a decir que Pizarro "envió a Chile un Valdivia que hizo maese de campo en el valle de Chíncha cuando mudo a todos los capitanes Hernando Pizarro y porque había ahorcado un soldado porque se había adelantado allí al calle [sic] de Limaycasa que arriba digo por que hasta allí había traído la carga de maese de campo Cristoval Burgos vecino de la ciudad de Los Reyes y llevo consigo este Valdivia algunos de aquellos que con Almagro habían ido primero y pobló en Chile" (9).

Los episodios y noticias sobre Chile que hemos anotado, y los demás que pudieran igualmente considerarse, son de importancia secundaria dentro de la crónica. Han sido narrados sólo en cuanto ayudan a esclarecer los hechos de la conquista y de las guerras civiles del Perú, motivos esenciales de la obra. Se comprenderá que así sea por cuanto Alonso Borregán no se propuso otra cosa que narrar los sucesos que había vivido y los atropellos sin cuenta que había sufrido, como un medio eficaz de alcanzar una justicia siempre esquiva y una gloria largamente deseada.

(8) Seguramente el que Thayer Ojeda en "Los Conquistadores de Chile" llama sugestivamente Santiago, alias "el de la cuchillada".

(9) Hoja 29 v.

